

Robert Walser. La grandeza de lo mínimo. por Alejandro Peña Arroyave

Acercamiento

Ante las grandes narrativas y las construcciones del siglo XIX con su enorme pretensión científica, el siglo XX significa desde el punto de vista de los hechos la confirmación de la ilusión de dichas construcciones delatadas ya por el arte y el pensamiento. El siglo XX es la caída de los grandes relatos a todo nivel. Pero mientras tantos relatos se concentran en el desencanto y en la queja tras esa caída (llegando hasta el máximo del nihilismo en algunos casos) encontramos una narrativa mínima y afirmativa como la de Robert Walser. Sin duda es una narrativa hija de esa caída, pero que vuelve los ojos sobre lo real y concreto (desencantado por la razón científica y la muerte de Dios) de manera afirmativa; lejos del nihilismo que empieza a gobernar el pensamiento. Esa afirmación vital de Walser tiene como centro el desinterés por afirmar lo que no deja de ser ilusión y construcción del hombre, más que la ingenuidad de un romanticismo anacrónico. La agudeza de Walser está en volver a lo mínimo de la realidad y afirmar la existencia reconociéndola sobreabundante en cada una de sus manifestaciones sin confundirla jamás con las construcciones perversas de quienes se han empeñado en envenenarla.

1. Una poética de lo cotidiano

*No hace falta ver nada extraordinario.
Ya es mucho lo que se ve.*
R. Walser

En *El hombre sin atributos*, Robert Musil afirma lo siguiente:

Actualmente, la responsabilidad tiene su punto de gravedad no ya en el hombre, sino en la concatenación de las cosas. ¿No es cierto que las experiencias se han independizado del hombre? Han pasado al teatro, a los libros, a los informes de excavaciones y viajes de investigación (...) Ha surgido un mundo de atributos sin hombre, de experiencias sin quien las viva, como si el hombre ideal no pudiera vivir privadamente, como si el peso de la responsabilidad personal se disolviera en un sistema de fór-



mulas de posibles significados (Musil 1973, p. 183).

Esta afirmación de Musil nos pone ante problema central del hombre contemporáneo en la medida que su vida se convierte en expresión de una pérdida que tiene que ver con la forma en que se relaciona consigo mismo y con la existencia. En efecto, el drama del hombre del siglo XX (y mucho más del nuestro, naturalmente), consiste en que cada vez le suceden más cosas pero no encuentra cómo relacionarse con eso que le sucede. El exceso de experiencia no le permite tener una auténtica experiencia del mundo. Esto se pone de manifiesto en la falta de comunicación o comunicabilidad de la experiencia. Como lo dice Benjamin, ya nadie al morir dice una frase célebre¹. Es decir, no hay una verdadera aprehensión de la experiencia vital. El siglo XX, siguiendo los ideales de la Ilustración, depositó en el hombre grandes esperanzas y por lo tanto grandes responsabilidades. El hombre debía ponerse a la altura de una idea construida de lo humano, de la dignidad y grandiosidad reclamada por él hombre para sí mismo. Pero los métodos para conocer el mundo y al hombre en él, es decir, la ciencia moderna, pusieron una distancia enorme entre el mundo y el hombre y todavía más, entre éste y él mismo². Esta situación de extravío, si bien ya había sido puesta en cuestión por pensadores como Nietzsche, es retomada ante todo por la literatura del siglo XX, con escritores como el citado Musil, Kafka, Beckett, Pessoa (ante todo en *El libro de desasosiego*), Handke, Bernhard...

Y es tras estos grandes nombres de las letras que hace su aparición el desconocido Robert Walser con la modestia y sencillez que tienen sus propias obras. En *La habitación del poeta*, Walser caracteriza al escritor como el que está en el mundo al modo de un cazador, “una especie de Ojo de Halcón que vive permanentemente a la caza. Acecha los acontecimientos, persigue las rarezas del mundo, busca lo extraordinario y verdadero” (Walser, 2005, p. 25). Walser da importancia a la concentración de la mirada del escritor y al aguzar en general todos sus sentidos hacia lo extraordinario. Pero al buscar lo extraordinario sobre lo que el mismo Walser pide escribir, en su obra hallamos la escritura desde y hacia la sencillez y cotidianidad de la existencia; lo extraordinario es entonces lo más cercano, pero paradójicamente alejado por la pretensión de grandeza. Es en ese sentido que el hombre se ha convertido en un extraño para sí mismo, es desde esa comprensión que Walser pide que el escritor retome lo sencillo, pues es allí donde está lo importante para la creación y para la existencia. Walser asume la tarea de escribir como se toma un paseo. Y es justamente en *El paseo*, el corto relato de un escritor (el propio Walser), que sale a caminar, donde encontramos lo extraordinario que debe atender el escritor y comunicarlo.

Chiquillos y chiquillas corretean al sol libres y sin freno (...) un perro se refresca en el agua de la fuente. Golondrinas, me parece, trisan en el cielo azul. Una o dos damas elegantes, con faldas asombrosamente cortas y boti-

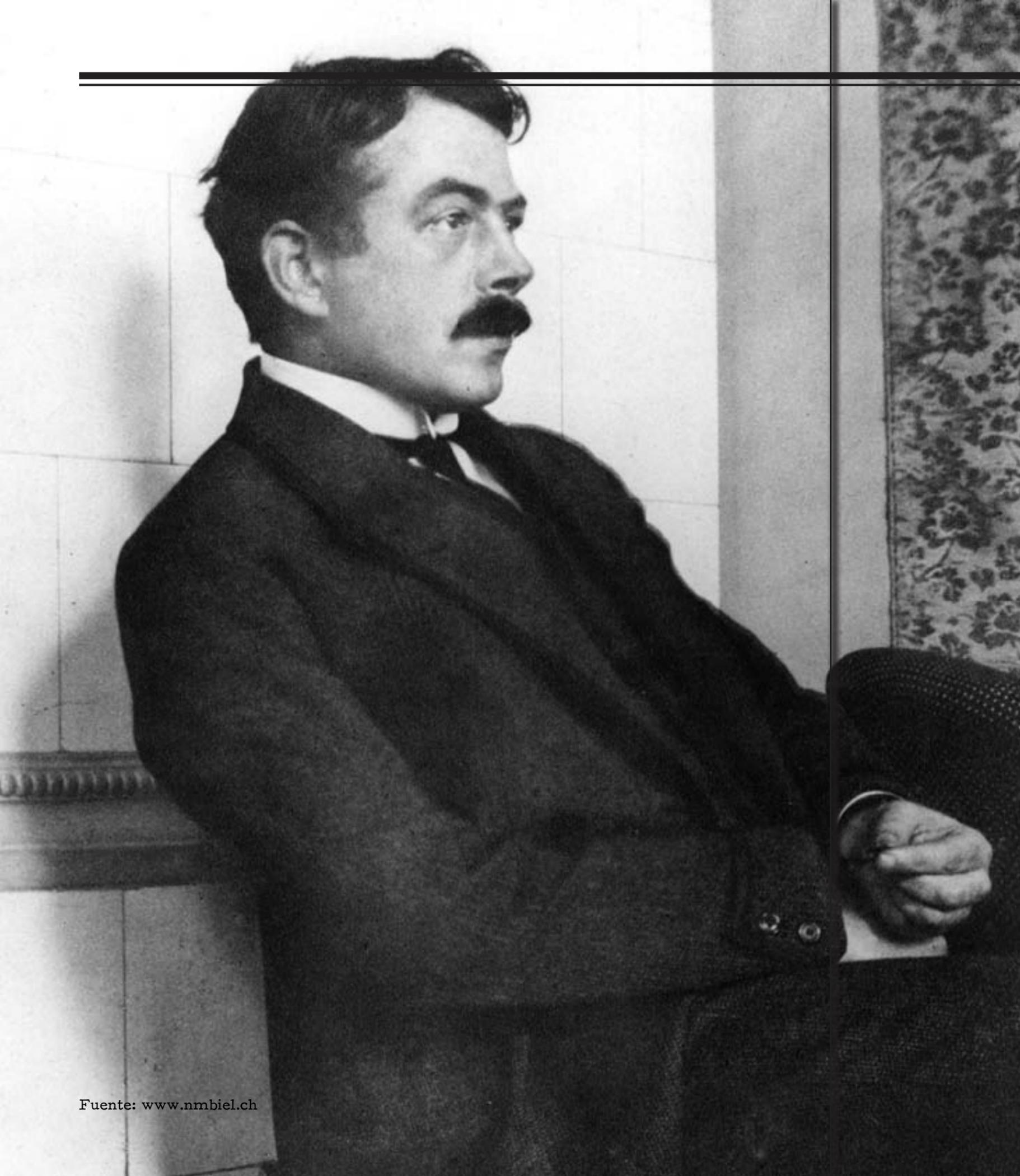
nes altos de color sorprendentemente finos, se hacen notar espero que tanto como cualquier otra cosa (Walser 2008, p. 11).

Así, la escritura se lleva a cabo desde aspectos de libre relación que establece la mirada entre aquellas cosas que aparecen ante el caminante. Como el paseo, la escritura es concebida por Walser como lo que se da y se realiza por sí mismo, es decir, sin un propósito determinado. El escritor es un vagabundo, un errante que contempla y lleva al papel aquello que llama su atención. Pero no es sólo lo que llame su atención, es preferiblemente, lo sencillo, aquello de lo que nadie se ocupa. Se dice que Walser no corregía lo que escribía, ya que, como lo señala Benjamin, “escribir y no corregir lo que se ha escrito es la combinación más acabada de la carencia extrema de intención y, al mismo tiempo, la intención suprema” (Benjamin 2007, 332). Es la intención suprema porque quien ve la realidad quiere describirla y no traicionarla en la corrección. La escritura cumple según Walser la tarea suprema cuando no se pone por encima de la realidad que nombra en el oculto esteticismo de la infinita corrección. La escritura, como la concepción del hombre en Walser, tiene que ver con la ausencia de pretensión; “al diablo con el ansia miserable de parecer más de lo que se es” (Walser 2008, p. 19). Y es desde allí que se construye en Walser la escritura como paseo que no lleva a ninguna parte porque se emparenta con la realidad humana más que con la ridícula pretensión de alcanzar algo. Así como el hombre ocupado en sus atri-

butos al escritor esteticista bien puede ocurrirle que deje atrás lo que quería decir, esto es, la realidad, mucho antes de encontrarse con ella. La escritura lo es todo, pero no al precio de traicionar lo real, la maravilla de su aparecer. El lugar de esta escritura es más bien el no lugar de lo que se deja de lado donde, sin embargo, resplandecen las verdades humanas. Como bien lo dice Luigi Amara:

con una ironía constante -más valdría decir, con desparpajo-, Walser se interesa por las cosas sencillas, ordinarias, fugaces; por esa concatenación imprevista de minucias que a causa de su fluir y evanescencia invocan una mirada igualmente inestable y contraria a toda pedantería; una mirada que las haga brillar por unos segundos para dejarlas después perderse, irremediadamente, abismadas en su futilidad, hundiéndose en la corriente del hábito que todo lo enmohece y degrada (Amara 2006, p. 71).

El lugar de la escritura de Walser es, como el de la vida humana, la fugacidad y lo azaroso. En un estilo que, aparentemente, hace pensar en un anacrónico romanticismo, Walser afirma sin más la existencia y su crítica a la época la hace de manera sutil pero profunda, diciendo más con el todo de sus personajes que con las reflexiones que éstos puedan construir. Walser crea personajes que van a contracorriente y son una refutación y crítica andantes de la época. Walser da a la escritura la modesta tarea de señalar lo sencillo que capta el escritor sin mayores pretensiones de lograr con ello abarcarlo todo, pues su



tarea es la fragmentario, el ángulo de mundo que se tiene ante los ojos. Por ello aunque crea novelas de mediana extensión, Walser es ante todo escritor de relatos brevísimos que son como apariciones fugaces de realidad que indican la sobreabundancia de la que salen y hacia donde señalan. Lugar desde el cual el escritor “intuye cosas que ni su majestad el káiser, desde sus alturas, es capaz de vislumbrar” (Walser 2005, p. 25).

2. Jacob von Gunten. Las alternativas del antihéroe

Walser tiene la suficiente lucidez para, en una época en que se pide al hombre un cúmulo de responsabilidades y se le carga con los mayores pesos, sustraerse a esto y volver sus ojos hacia lo sencillo, más aún, hacia la negación de los valores de la propia época. Es en este panorama de disolución de sí mismo que se halla su relato Jacob von Gunten. Éste es un joven cuya única pretensión es desvanecer toda aspiración que tenga que ver con las tareas de la época. Jacob no tiene ninguna aspiración. Por ello ingresa en el Instituto Benjamenta, una escuela donde, dice Jacob, “la enseñanza que nos imparten consiste básicamente en inculcarnos paciencia y obediencia, dos cualidades que prometen escaso o ningún éxito” (Walser 1998, p. 9). Jacob procede de una familia acomodada de la que sólo habla con su hermano Johann, que tiene aspiraciones y ha conseguido una posición en una época en que “sólo el dinero no se ha echado a perder, todo el resto sí. Todo, absolutamente todo está corrompido, demediado, desprovisto de gracia y esplendor” (Walser 1998, p. 54). Jacob tiene la suficiente comprensión de la época como para sustraerse de la manera más discreta posible y proseguir con la existencia aun con la conciencia de nulidad propia y de las pretensiones del hombre.

Su ingreso en la escuela de criados se debe a su aspiración de no aspirar, es decir, a su interés por anularse como instrumento de negación de la propia época. “De algo estoy seguro: el día de mañana seré un encantador cero a la izquierda, redondo como una bola” (Walser 1998, p. 10). Jacob posee una alta conciencia de la naturaleza de la época y sabe de lo que ésta exige como modelo de progreso y elevación, es decir, una época en que el sujeto debe construirse en esos ideales. Pero, como lo dirá Musil, con *El hombre sin atributos*, hay muchos atributos pero les falta un sujeto que esté a su altura³. Jacob prefiere la subordinación, mantenerse en lo bajo y tender hacia la abolición

de sí mismo, pues como dice el propio Walser en una carta a su amigo Christian Morgenstern, “es tan hermoso no ser nada, es mucho más apasionante que ser algo” (Echte, 2005, p. 109). Y es desde esa pretensión de nulidad que Jacob contempla el transcurso de nuestro tiempo, sabiendo que tenemos ante los ojos la decadencia pero sin dramatizar ante eso. “Acepto mi época tal cual es, reservándome sólo el derecho a hacer mis observaciones en silencio” (Walser 1998, p. 56). Y son estas observaciones las que le llevan al Instituto Benjaminta donde se prepara para no ser nada.

Jacob, luego que todos sus compañeros consiguen empleo decide irse al desierto con el señor Benjaminta, que ahora no tiene alumnos. Y esto lo hace en consecuencia de su pretensión de anularse. Así, aunque no sea el propósito, se opone como ser insignificante ante un mundo, con su hermano a la cabeza, que impone justamente la obligación de lucir y encaminarse hacia lo establecido como elevado y deseable; un estatus, unos logros intelectuales, económicos, reconocimiento, poder (...), todo lo que no es Jacob, pues él sabe, y es lo que transmite en el *Diario* en que cuenta su vida, que tales atributos son una construcción que aleja al individuo del corazón de la existencia. Pero en esa debilidad y anulación de Jacob hay una paradójica autosuficiencia que le señala precisamente al hombre común lo ilusorio de su arsenal de atributos en los que tiene que atrincherarse para ser. Para Jacob vale más como lugar de la existencia la errancia y la atención a lo sencillo, pues “es en lo cotidiano donde residen las verdades auténticas” (Wal-

ser 1998, p. 82). Jacob se va al desierto con la plena conciencia de corresponder así a la necesidad de desaparecer, aun siendo. “Y si yo me estrellase y perdiese ¿qué se rompería y perdería? Un cero. Yo, individuo aislado, no soy más que un cero a la izquierda” (Walser 1998, p. 126). Jacob se marcha al desierto en el buscado anonimato dejando, como Walser, señalado el camino para tantos personajes minúsculos, pero grandiosos, antihéroes de los que, para regocijo de la inteligencia, está llena la literatura del siglo XX⁴.

Notas

- (1) Benjamin, Walter. *El narrador*. En *Illuminaciones IV*. Madrid, Taurus. 1991.
- (2) A este respecto de la pérdida de la experiencia y el extravío de la tradición filosófica y científica, es muy significativo lo dicho por Giorgio Agamben en *Infancia e historia*. Ante todo en el capítulo IV.
- (3) La referencia a Musil no es casual, hay una gran influencia de Walser en Musil, como éste mismo lo admite. Cfr. Musil (2004, p. 515).
- (4) Y es en este sentido de la construcción de personajes insignificantes como expresión encarnada de una crítica a la época y a las pretensiones del hombre, que habría que mirar la influencia de Walser en la literatura del siglo XX en autores como los citados más arriba.

Bibliografía

Agamben, Giorgio, *Infancia e Historia*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2007.
 Amara, Luigi, *Robert Walser o la escritura como paseo*, Letras Libres, 2006,

93, 70-73.
 Benjamin, Walter, *Illuminaciones IV*, Madrid: Taurus, 1991.
 ---, *Robert Walser*, en *Obras. Libro II. Vol. I*, Madrid: Abada, 2007.
 Echte, Bernhard, Epílogo. *La habitación del poeta*. Por Walser, Robert, Madrid: Ediciones Siruela: 2005. 107-116.
 Musil, Robert, *El hombre sin atributos I*, Madrid: Seix Barral, 1973.

---, *Diarios I*, Barcelona: Debolsillo, 2004.
 Walser, Robert, *Jacob von Gunten*, Madrid: Ediciones Siruela, 1998
 ---, *La habitación del poeta*, Madrid: Ediciones Siruela, 2005.
 ---, *El paseo*, Madrid: Ediciones Siruela, 2008.

Alejandro Peña Arroyave (Yarumal, Antioquia, Colombia, 1982). Filósofo de la Universidad de Antioquia con una tesis sobre Sören Kierkegaard y la estética del Romanticismo alemán. Ponente en diversos congresos de filosofía y literatura. Actualmente estudiante del Doctorado en Filosofía de la Universidad del Salvador, Buenos Aires (Argentina) con una investigación sobre la melancolía en el pensamiento de Sören Kierkegaard.

